

Domingo Quinto de Cuaresma, Ciclo B

Jer 31,31-34; Sal 50,3-4. 12-13. 14-15. 18-19;

Hebr 5,7-9; Jn 12,20-33

I

El juicio de Dios tiene tres dimensiones:

1. El juicio ha ocurrido ya. En la muerte y resurrección de Cristo. Ahí ha dicho Dios ya su última palabra. Es la revelación definitiva, la palabra total de Dios. No hay que esperar nuevas revelaciones. Dios lo ha dicho todo ya ahí.

Dios no tiene nada más que decir. El mundo ha sido juzgado. El juicio es Jesús muerto y resucitado. Yo soy el camino, ha dicho Jesús. El que quiera salvarse, que me siga.

No hay otro camino ni otra puerta. El camino a la Vida es vivir y morir como Jesús. Todo lo que no sea vivir como Jesús está ya descalificado de antemano por Dios. Dios lo ha condenado ya en su juicio, en la muerte y resurrección de Cristo. El juicio (la sanción de salvación o condenación) está ya anunciado en Jesús: hay que pasar por esa única puerta.

2. El juicio está ocurriendo. Está ocurriendo ahora, al filo de cada segundo de mi vida por confrontación con Jesús muerto y resucitado. Sólo se salva lo que es vivir como Jesús. Lo que vivo al margen suyo está ya descalificado, nace muerto de antemano, como un aborto. Yo soy, pues, ahora, quien hago mi juicio, quien lo verifico: creo mi salvación o mi condenación.

Dios ha dado su juicio en la muerte y resurrección de Jesús, y ahora soy yo el que verifico el juicio de Dios en mi vida, día a día, en ese último reducto de mi intimidad en el que me siento juzgado por su presencia y en el que decido sobre la orientación de mi vida. Mi "sí" es el que me salva. Mi "no" es el que me condena. El juicio ocurre ahora: lo hago yo. Dios no tendrá que juzgarme; soy yo el que juzgo, soy yo quien salvo o condeno mi vida por confrontación con el juicio de Dios en Jesús. Cuando venga el Hijo del hombre no separará a los buenos de los malos a diestra y siniestra. No, porque el Hijo del hombre ya ha venido. Jesús ya ha venido, y no nos ha separado él, sino que somos nosotros quienes ante él nos separamos a derecha e izquierda. Jesús provoca la división entre los hombres. O estáis conmigo, o estáis contra mí. No se puede servir a dos señores. A Cristo crucificado (muerto y resucitado) lo puedo considerar como locura, como escándalo o como fuerza de salvación de Dios (1Co 2, 23-24), lo puedo aceptar o lo puedo rechazar, puedo decir sí o decir no: ahí realizo mi juicio.

El juicio ocurre ahora, pero lo hacemos nosotros. Dios no es capaz de condenarnos: "porque Dios ha enviado a su Hijo al mundo no para condenarlo, sino para que se salve por él" (Jn 3, 17); "si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?; Dios es quien justifica, ¿quien nos condenará?" (Rm 8, 31 ss).

Ese Dios juez neutral que hemos imaginado, que se sienta en su tribunal para juzgar nuestra vida imparcialmente, que deja de lado todo su amor apasionado por nosotros para juzgar neutralmente con la ley en la mano no es el Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo. El Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo - para fortuna nuestra- no vale para juez. Porque a un juez lo primero que se le pide es que sea imparcial y neutral. Y nuestro Dios no podría juzgarnos imparcialmente, porque es terriblemente parcial, porque está apasionadamente a favor nuestro, porque está terriblemente empeñado en salvarnos por todos los medios. Pero, para desgracia nuestra, Dios no nos juzgará, porque Dios ha hecho ya su juicio en Jesús muerto y resucitado y ahora nos toca hacerlo a nosotros. Ahora es el juicio. "He venido a este mundo para un juicio" (Jn 9, 39).

3. El Juicio ocurrirá al final, es decir, tarde o temprano todo queda sometido a Dios. Eso es lo que se debe entender como contenido del lenguaje apocalíptico. Quizá no será un día, ni en el valle de Josafat, ni habrá trompetas, ni espectáculos, ni se sacarán trapos sucios de nadie para vergüenza de todos... Significa simplemente algo así como que "de nuestro Dios nadie se ríe", que con Dios no se puede jugar. Es como la afirmación del poder absoluto de Dios, para garantía de los creyentes. No hay nada que escape al juicio de Dios. Toda mi vida será enjuiciada, está siendo ya enjuiciada por Dios.

Es, pues, este tema del Juicio de Dios, un tema sugerente y comprometedor, que debe hacernos tomar conciencia de las responsabilidades escatológicas de nuestra vida. Digamos para acabar que las frases de estos apuntes de homilía deben ser tomadas en su contexto y no sometidas a examen extrapolándolas fuera de su contexto. Son un lenguaje. Hay otros.

II

¿Puede realizarse la aparente contradicción planteada en el título? ¿Perder para ganar? Sí puede ser así, pues es lo que el Señor nos propone cuando nos advierte que quien pretenda conservar su vida la perderá, pero quien la entregue la conservará.

Ya próximo a su Pasión, ya en Jerusalén donde iba a ser entregado para su Muerte en la cruz, Jesús informó a sus discípulos y a algunos seguidores, lo que estaba a punto de suceder, agregando que después de "*ser levantado de la tierra*",

su Reino se extendería a todos, porque iba a ser arrojado el príncipe de este mundo (el Demonio)... y El, a través de su muerte en cruz y por la gloria de su Resurrección, atraería a todos hacia El. Palabras de esperanza y seguridad para todos los que nos dejamos "atraer" por El, por su doctrina y por su ejemplo.

Palabras también de compromiso, porque "dejarnos atraer por El" significa seguirlo en todo... como El reiteradamente nos pide. Y "seguirlo en todo" significa seguirlo también en la muerte. Por supuesto esto no significa que todos tengamos que morir en una cruz como El. Tampoco significa que todos tengamos que sufrir un martirio violento -como algunos sí lo han tenido. Significa más bien ese "morir" cada día a nuestro propio yo. Significa ese "perder la vida" que Jesús nos pide en este pasaje de San Juan y que también nos lo requiere en otra oportunidad, con palabras similares: *"El que quiera asegurar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por Mí, la asegurará"* (Mt. 16, 25 - Mc. 8, 35 - Lc. 9, 24).

Morir cuesta mucho. Y más cuesta la idea misma de "morir". Pero la Palabra de Dios es clara, muy clara: debemos entregar nuestra vida, morir a nosotros mismos, si realmente queremos vivir. ¿Qué significa entregar nuestra vida y morir a nuestro yo?

Significa entregar nuestros modos de ver las cosas, para que sean los modos de Dios y no los nuestros los que rijan nuestra vida. Significa entregar nuestros planes, para pedirle a Dios que nos muestre Sus planes para nuestra vida, y realizar esos planes y no los nuestros. Significa entregar nuestra voluntad a Dios, para que sea Su Voluntad y no la nuestra la que dirija nuestra existencia en la tierra. Es, entonces, un continuo morir a lo que este mundo nos propone como deseable y hasta conveniente.

Ya Dios nos advierte en su Palabra quién rige este mundo: aquél que es llamado en este pasaje "príncipe (o amo) de este mundo". Los valores que nos propone el mundo son muy diferentes a los de Dios. Los criterios de este mundo son también muy diferentes a los de Dios. Y cada vez que optamos por el bando de Dios, por ese "perder la vida de este mundo", significa un "morir" a nuestro yo, es decir, a nuestras propias inclinaciones, deseos, ideas, criterios, planes, etc.

Próximo ya a la Semana Santa, cuando conmemoraremos la entrega total que Cristo hizo de Sí mismo, perdiendo su vida para darnos una nueva Vida a todos nosotros, es tiempo propicio para una profunda conversión.

Reflexionando sobre las palabras del Evangelio y aplicándolas a nuestra vida espiritual, podríamos pedir al Señor esta gracia de conversión profunda que significa el poder comprender y realizar este ideal que nos propone y nos muestra Cristo: morir para vivir, perder para ganar, entregar para obtener.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)